

Fisonomías paisajísticas del Area Metropolitana de Buenos Aires

Dra. Elena Chiozza

Dr. Honoris Causa de la Universidad Nacional de Luján

Veremos los problemas vinculados al paisaje enfocados con criterio geográfico. Todos sabemos hoy que ninguna ciencia puede enorgullecerse, decir que tiene cual o tal patrimonio de la realidad cultural porque acabamos de ver, en esta brillante exposición de nuestra colega, cómo el arte aporta también a esta concepción de la ciencia y el paisajismo. Cómo en cada momento histórico la incorporación del paisaje juega un papel diferente. Si decía nuestro arqueólogo máximo, el Dr. Rex González, que el arte no es acumulativo, nosotros podríamos decir que el paisaje sí es acumulativo, porque entendemos el paisaje como una creación cultural, como la expresión sensorial, no solamente visual sino también auditiva y hasta diríamos olfativa y estética.

Entendemos el paisaje, entonces, como expresión de la relación sensorial que establece la sociedad con su entorno, entendemos el paisaje como provisto de una creación social y esta creación social tiene que ver con la cultura de la sociedad que crea y con los materiales que utiliza para la creación. De manera que el sustento natural aparece como una componente importante de ese paisaje y podríamos decir que los paisajes agrestes, los paisajes naturales son aquellos que en definitiva están expresando la ausencia de una acción deliberada del hombre.

Cuanto menor es la presencia y la presión humana mayor predominio encontramos de los componentes naturales. En estos tiempos en que el hombre se ha apropiado de todo el planeta, quedan algunos relictos escasamente intervenidos por el hombre, que están ahí como una muestra de lo que la naturaleza era, a través de los parques nacionales o a través de las reservas naturales que reciben esa denominación porque la acción del hombre es mínima y no está generalizada. En la antípoda podríamos ubicar a las ciudades donde todos los elementos del paisaje son una consecuencia directa de la intervención humana. Las ciudades son también expresión de la calidad de sociedad o de sociedades que históricamente han ido construyendo esos paisajes.

Si apelamos a nuestras ciudades en Argentina, esas ciudades reflejan la impronta que traza la colonización hispánica a partir del siglo XVI y podemos registrar a través de los mandamientos de las Leyes de Indias cuál era ese orden al que tales ciudades quedaban sujetas. La traza en damero, las calles de un ancho suficiente como para que puedan desfilar formaciones de jinetes de cuatro de frente, las veredas angostas, las casas de una o a lo sumo de dos plantas pero nunca proyectando una sombra total sobre las calles de tal manera que siempre hay un lugar para la sombra y un lugar para la luz.

Los materiales acordes con lo que la naturaleza entonces ofrecía, podemos ver en ciudades como Córdoba o Salta los edificios con cimientos de piedra porque era lo que existía y en la ciudad de Buenos Aires no podemos registrar en el siglo XVII ninguna vivienda con cimientos de piedra porque no las teníamos. Si tomamos los registros de las actas del cabildo encontramos cuántas veces hay rogativas públicas para que las hormigas no se coman los horcones ni las legumbres y las ratas no socaven los cimientos de estas paredes de barro y paja. Ni siquiera podemos mencionar la utilización del adobe como elemento de construcción porque el clima es demasiado húmedo y lluvioso y destruye estas paredes con facilidad.

El primer edificio de cimientos como mandaban las Leyes de Indias en la ciudad de Buenos Aires no se pudo construir porque no teníamos ni siquiera elementos para quemar los ladrillos. Es por todos sabido que los primeros ladrillos se quemaron para la construcción del primitivo edificio de la catedral, en la que no sólo trabajara Hernandarias sino también sus hijas. Esos ladrillos se quemaron incinerando ovejas que habían sido previamente sacrificadas, el combustible que se utilizó fueron las ovejas. Lo trágico es que no faltaron vecinos que quisieran imitar el proceso de construcción de la catedral y empezaron también a sacrificar ovejas para incinerarlas en los hornos de cocción de los ladrillos, hasta el punto que encontramos en las Actas de Cabildo una

resolución por la que se prohíbe a los vecinos sacrificar ovejas para incinerarlas en los hornos de ladrillos. Esto nos da la pauta, también, de la abundancia con que habían sido reproducidas estas primeras majadas de ovejas, que fueron traídas desde el área de colonización en Asunción, a la que habían llegado después de un largo periplo, desde el área de Santa Catalina, itinerario que también recorrieran las vacas.

Entonces, hay una ciudad que surge en el área pampeana, que es el reflejo de un plan de ciudad que traen los europeos, y vemos que todas las ciudades pampeanas, excepto La Plata, reflejan esa manera de hacer ciudades en damero con una plaza central alrededor de la cual se organiza toda la vida pública. Las ciudades tenían la posibilidad de expandirse, como decían las Leyes de Indias, al infinito, salvo aquellas que estuvieran fundadas a orillas del mar. El mar entre nosotros fue el Río de La Plata, entonces el plano se cercena por la mitad y todo lo que rodea a la plaza mayor queda adosado al río: los edificios para la defensa, que son también la sede del gobernador, el centro religioso, que es la catedral, y el centro cívico, que es el Cabildo. Esa plaza mayor también es la plaza del mercado y el lugar donde se realizan las fiestas cívicas y religiosas. Se trata tanto de la peregrinación con la exhibición del Santísimo como de la carrera de sortijas.

De ese tiempo, qué conserva la ciudad? De los edificios del siglo XVI y XVII prácticamente no conserva nada del edificio en el que se acogía la vida familiar. Los únicos edificios con identidad y cimientos se construyen en el siglo XVII. No nos olvidemos que en esos 20 años del siglo XVI, sólo se alza un rancherío que se viene permanentemente abajo.

Pero en el siglo XVII comienza a construirse una serie de edificios que van a perdurar en el tiempo, son los edificios de las órdenes religiosas. Una ciudad que tiene una posición marginal dentro de la estructura territorial del Imperio Hispánico no tenía funcionarios muy de campanillas como los que llegaron con los virreyes. No había posibilidad de utilizar su puerto, de manera que tampoco había demasiada riqueza circulante, por lo que la edificación fue ramplona, de una sola planta. Sólo las órdenes religiosas comenzaron a construir sus conventos y sus oratorios en materiales duraderos. Pero no había arquitectos capaces de dar a la fisonomía de los templos la categoría de una obra de arte; eran lisa y

llanamente barracas.

La transformación edilicia de estos hitos en la construcción de la ciudad se produce con la llegada de los jesuitas. Ellos realmente realizan la revolución edilicia de la ciudad de Buenos Aires, empezando por la construcción de la iglesia de San Ignacio, al lado de donde ahora está ubicado el Colegio Nacional de Buenos Aires y esos restos de la Manzana de las Luces, que sobrevive a la noche de los bastones largos. Apoyan a los Dominicos, apoyan también a los Franciscanos y sobretodo contribuyen al techado de la catedral y a la erección de las torres del campanario. Eso es lo único de esa zona tradicional central de Buenos Aires que del siglo XVII y XVIII persiste todavía. Persiste con una fuerza tan grande que le da un carácter a esta zona del macro centro de la ciudad de Buenos Aires, especialmente al área del barrio sur, donde se concentran las órdenes religiosas. Sus conventos, que abarcan la extensión de una manzana completa, del mismo modo que los de las órdenes que llegan más tarde, como San Telmo, que también se ubican en el sur porque es la zona dinámica de la ciudad.

En cuanto el puerto de Buenos Aires comienza a funcionar como tal, porque hay mayor liberalidad en el comercio exterior. Las familias que se enriquecen con este comercio comienzan a construir viviendas con entidad, es decir se abandona el rancherío para construir casas de ladrillos, todavía casas de una planta. Sólo cuando nos asomamos al siglo XIX comienza alguna que otra construcción de dos pisos, entre otras la jabonería de Vieytes.

De esta ciudad colonial hacia el sur quedan algunos restos de edificaciones, como la casa del virrey Liniers, pero hacia el norte no queda nada. Era la zona de menor categoría de la ciudad en ese momento, la que estaba fuera del eje comercial que vinculaba la ciudad con el puerto hacia el sur y todo ha sido arrasado con el proceso de renovación urbana. Esa ciudad era no solamente una ciudad en damero, sino, además, una ciudad en que cada manzana de ese damero tenía cuatro solares y en esos solares solamente se instalaban los vecinos que tenían todos los derechos civiles y todos los derechos políticos, en casas que eran de tres patios. Una especie de fortaleza que encerraba el patio de la vida pública, donde se recibía a las visitas, el patio de la vida privada, donde predominaba la vida de las mujeres, el jardín y el brocal para extraer el agua del subsuelo que llega bastante más tarde y el tercer patio, que era

el de la servidumbre, como la trastienda. Había todavía un sector complementario. Los vecinos además de recibir el solar, para su vivienda habían recibido las cuadras, el lugar para el alojamiento del personal de servicio, que se ocupaba de las tareas vinculadas con el cultivo de la huerta y con la atención de los animales. Recuerdan ustedes entonces la importancia que tenía el caballo como elemento de silla y transporte. Dentro del solar estaban solamente los animales que se necesitaban para el día, pero el resto de los animales estaban alojados en esa cuadra y el eje que separaba el área de los solares del área de las cuadras no estaba muy lejos del río. Corresponde a lo que hoy llamamos calle Chacabuco y calle Maipú, apenas a 5 cuadras del río. Ese era el dominio de la servidumbre, de los muchos indios amigos que habían venido desde Asunción para servir en la ciudad y que después fue también el área en el que se instalaron tantos inmigrantes que llegaron a la ciudad en el siglo XIX, barrios como Montserrat, por ejemplo.

El crecimiento de la ciudad, que fue muy lento al principio, se hizo explosivo en el siglo XIX, cuando se abre el puerto y las puertas a la inmigración. Entonces hay un momento en el siglo XIX en que se va a operar ya un proceso de transformación urbana intensa, para alojar a toda esta oleada de inmigrantes, que han llegado primero del interior y que ahora llegan también del exterior. Los descendientes de los antiguos vecinos que poseen sus casas en el área céntrica tienen, también, sus terrenos en el área de las cuadras y allí muchos de ellos construyen edificios especiales para el alojamiento de los inmigrantes. Aún hoy, cuando uno mira el barrio de Montserrat, puede reconocer muchos de estos edificios, que fueron construidos expresamente y que recibieron el nombre genérico de conventillos, una especie de antecedente de la casa de departamentos. También las órdenes religiosas, especialmente San Francisco, habilitaron parte de su manzana, a la puerta de la Plaza de Mayo, para la construcción de vivienda destinada a estos grupos de población de muy escasos recursos. Toda la vida de la ciudad se desplaza fundamentalmente hacia el sur, donde se concentra la mayor actividad económica.

Es sólo después que la concentración de la actividad económica, vinculada al movimiento portuario y a los saladeros en el área del Riachuelo, lleva al estallido de las epidemias que azotan a la ciudad, que se pone en valor el área norte. Desde la calle Viamonte, donde está el edificio de la

Universidad de Buenos Aires, hacia el río fue originariamente un área de quintas. Ello puesto que la ciudad se planifica como un área de residencia de los vecinos pero también con su área de abastecimiento asegurada, a través de la asignación de tierras para quintas y huertas y también para estancias, y cada una de ellas tiene tamaños diferentes y orientaciones diferentes. Entonces de ese plano primero de división de la tierra en damero, en quintas, huertas y chacras y suerte de estancias, va a quedar la trama original del trazado de las calles y de la subdivisión de la tierra en la ciudad de Buenos Aires.

Esta ciudad ha sido concebida a escala humana en el momento en que se la traza. Se trata de una ciudad que se desenvuelve dentro de cierto contexto técnico donde el mayor flujo del transporte era el andar a caballo o moverse por sus propios pies. Pero la ciudad ha quedado encorsetada en esa trama original y difícilmente puede adaptarse a las condiciones de la tecnología de transporte que comienzan a desarrollarse a partir de la revolución industrial y que llega a nosotros especialmente con la innovación del ferrocarril a partir de 1857. Es también la innovación de los carros coches, de las galeras y de todas esas cosas que vemos en los museos de transporte, que ya ocupan en las calles más lugar del que correspondía a aquellos jinetes que podían desplazarse cómodamente por ellas. Entonces, dejan de ser parte del paisaje urbano los palenques donde se ataba el caballo que llevaba por la ciudad o los pesebres que estaban incluidos dentro del mismo solar. Hemos visto hasta hace cosa de 20 años, en que se demolió la casa que fue de Saavedra, sobre la calle San Martín, la entrada adoquinada para los coches y los caballos, que tenían su lugar de residencia en el tercer patio del solar original.

Con el crecimiento de la población también fue aumentando el valor de la tierra y la demanda de ubicación cerca del centro político y administrativo de la ciudad, de tal manera que aquellos solares que ocupaban un cuarto de manzana se subdividieron en lotes, que terminaron por tener 8,66 metros de frente con unos fondos que son irregulares, porque eran más o menos obedientes al capricho del que loteaba. Finalmente fue necesaria una normalización de estas subdivisiones, que llegan a que prácticamente todas las manzanas tengan los dos lotes esquineros más cortos y ensamblados y los lotes de mitad de manzana entre 50 y 60 m. según

dependiera de la longitud de la manzana completa. Eso trajo también dentro del paisaje urbano, con esos lotes de 8,66, el frente homogéneo de casas que se tocan unas con otras, a través de las medianeras, y que dejan oculto todo su paisaje interior.

Esta transformación de la ciudad también va eliminando del interior de las casas aquel tercer patio, que estaba destinado al jardín, donde la glicina era uno de los elementos incorporados al paisaje, y, como dice también una canción popular, que olía a diamelas y jazmines. Este tipo de realidad iría desapareciendo y, hablando de esta simbiosis entre la ciencia y el arte, yo diría que para el caso de la ciudad de Buenos Aires. Seguramente ustedes conocen mejor algunos casos que hacen referencia a la ciudad de La Plata. Podríamos decir que hay una serie de documentos literarios que presentan esta realidad. *"La gran aldea"* sería uno, *"Buenos Aires 80 años atrás"* también. Ese médico de sanidad que fue Florencio Escardó, escribió alguna vez una geografía de Buenos Aires donde refleja estas diferencias en los barrios y esta evolución. Alberto Salas, con esa literatura nostálgica que lo caracteriza, ha escrito un libro como *"El Llamador"*, recuerdos de la infancia ya centrado no sobre la zona céntrica de la ciudad sino sobre la zona inmediata al Ferrocarril Pacífico, en el área intermedia entre la plaza Italia y el ferrocarril, que nos refleja todo un paisaje que hoy sería imposible de reconstruir, porque es anterior al entubamiento del arroyo Maldonado y también a toda esta parquización del área del Aeroparque y a la construcción de la Costanera Norte. Uno puede ver la transformación que ha sufrido este paisaje en otro libro no tan nostálgico pero sí con un propósito de reflejar por lo menos la ciudad de la que él fue contemporáneo. Se trata de la relación escrita hacia 1950 con la cooperación de otra artista, que seguramente tú tienes en la lista de los fotógrafos que han contribuido tanto a reciclar personajes como paisajes del país, que es Grete Stern. Escribió un libro que se llama *"Los Patios"*, aquellos que quedaban en la ciudad hacia la década del 60. Dos visitantes de nuestra ciudad de Buenos Aires, de nuestro país, que contribuyeron mucho a su desarrollo cultural: el pintor Rossi y el poeta Rafael Alberti, escribieron un librito que se llama *"Buenos Aires en tinta china"*. En este librito se registran distintas escenas, distintos paisajes de la ciudad hacia la década del 40, es un libro delicioso, casi un libro de bolsillo, donde, con una observación muy ávida, Rossi retrata escenas y lugares del Buenos Aires tradicional de la década del 50.

Hay una serie de testimonios que debemos buscar en la literatura o en el arte, y algunos en la fotografía. Eudeba también publicó un libro con el comentario literario de una serie de documentos fotográficos sobre la ciudad de Buenos Aires que es, hasta la década del 50, una ciudad en escala humana, a pesar de todas las transformaciones que ha sufrido. Pero, desde que se sanciona la Ley de Propiedad Horizontal es como si dieran vuelta a la ciudad. Entonces se produce un proceso de concentración de la construcción en altura, que hace que aquella escala humana de las circulaciones y del goce del paisaje desaparezca completamente. Quisiera mostrarles rápidamente una serie de fotografías, que fueron tomadas a pleno sol, entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde, donde testimoniamos el paisaje agobiante en el que se mueve, circula y trabaja la población en el área del macrocentro.

No soy una gran fotógrafa pero la realidad misma era una realidad en la que predominan las sombras. Esta fotografía ha sido tomada desde un noveno piso y muestra el panorama que, hace 30 años, permitía identificar la torre del edificio del Congreso, ubicada detrás de este edificio a 15 cuadras. Una amiga mía que entonces visitaba la casa, cuando toda esa edificación no había sido construida, una noche del 24 de mayo me pregunta ¿dónde está esa torre de diamantes? Se refería a la cúpula del Palacio del Congreso toda iluminada. Hoy nadie podría exclamar lo mismo porque, desde la misma distancia, ya no se ve.

Esta es, como ustedes pueden reconocer, una parte de la calle Florida. Esta era la zona elegante con edificios que no tenían más altura que estos que estamos viendo iluminados, 3 ó 4 pisos. Pero sobre la vereda contraria se han levantado tales torres que la sombra que proyectan ya quita también luz, en perspectiva, a los edificios que están enfrente. Aquí tenemos una muestra del área en decadencia en pleno centro. Es un sector de la tienda Harrods. En esta área céntrica los que pasan a ser protagonistas del paisaje son los vehículos y la gente. Vemos aquí cómo este edificio monstruoso se instala en un área de edificios de 2 ó 3 plantas. Lo deprimente, desde el punto de vista paisajístico, es, como vamos a ver en alguna otra diapositiva, que mientras en la planta baja con acceso a la calle se instalan los negocios de letreros en colores, en la planta alta tenemos generalmente edificios abandonados. Algunos aún en la calle Florida, tapiados con tablas. Ello muestra realmente que no hay sentido de identidad

con la ciudad, más allá de que no existe ningún sentido estético, ni ningún sentido de responsabilidad por parte de los funcionarios municipales, que no obligan a los propietarios a mantener, en buenas condiciones edilicias, los edificios que explotan comercialmente. No se trata de familias venidas a menos, que no pueden mantener sus edificios, se trata de instituciones comerciales que degradan el ambiente en el que se trabaja.

Acá tenemos un ejemplo de esta edificación típica de fin de siglo XIX, principios de siglo XX, es en la esquina de Florida y Lavalle. Se pueden observar todavía las cariátides de los balcones y el edificio está, en general, bastante bien conservado, aunque no dejan de crecer ciertos yuyos en la cornisa. Haciendo esquina con éste estaba el edificio de la sastrería más famosa del país, James Smart, donde se vestían no tanto los porteños cuanto toda la aristocracia del interior del país. Este establecimiento ya no existe, hay una serie de boliches instalados en el recinto, que no tienen ninguna preocupación por el cuidado del edificio.

Acá tenemos otro ejemplo de esta alternancia de viejos edificios, de no más de dos pisos, con estas torres que se tragan toda la luz de la ciudad. Otra esquina es un poco el símbolo de los tiempos, el valor paisajístico acá está dado por el color de los letreros. Son el rasgo fundamental del paisaje, las características edilicias quedan borradas por esa proliferación de letreros que, de alguna manera, podríamos llamar testimonio de contaminación visual. En esta esquina, que ustedes ven, funcionó durante muchos años una sastrería también de jerarquía, que se llamaba Amelio Sport. Ésta es parte de la reja del balcón que contorneaba todo el edificio y acá la parte superior tiene las ventanas tapiadas con vallas. Es un edificio ubicado en una zona de máxima categoría y de atractivo comercial, como es la esquina de Florida y Lavalle. Ésta es la calle tradicional de los cines, que se ha transformado, también, en una calle peatonal, de manera que el otro componente predominante del paisaje es la gente.

La situación que se da en el centro de la ciudad se da, también, en barrios que, en su momento, fueron calificados casi como ciudad jardín, como es el barrio de Belgrano. Esta fotografía ha sido tomada con vista sobre la calle Cabildo, donde aparecen espacios institucionales que todavía tienen poca altura. Después la concentración y hacinamiento de edificios, cada vez más altos,

donde el único componente natural resulta el arbolado de las calles.

Como otro elemento decorativo aparecen, en las medianeras ciegas, estos letreros de anuncios que ponen algún hito en la monotonía de la unidad de este paisaje. Un relicto, que no sé cuánto va a durar, de lo que fue la fisonomía de la calle Cabildo hacia la década del 20. La calle Cabildo miraba hacia el norte, y ustedes ven que ya ahí no subsiste ni la perspectiva ni nada en relación de la naturaleza. Algunos pocos jacarandáes, que han sido plantados, están escuálidos y dan realmente compasión más que satisfacción.

En esta zona del microcentro encontramos como testimonio del pasado este edificio que no tiene 8,66 de frente, tiene apenas 7 metros de frente. Un poco menos indigente, un poco descontrolada la escuela N° 1 de Catedral al norte, Juan Manuel Estrada. Conserva este pequeño jardín, que era ya característico de buena parte de las casas que yo conocí, en ese mismo barrio, y que queda inmerso en medio de estos gigantes, como el edificio del Banco Credicop, que tiene 14 pisos de altura. Fue una casualidad haber podido tener este efecto de luz, porque eran cerca de las 10 de la mañana y el sol venía del este. Si lo hubiera tomado con el sol desde el oeste, la escuela no tendría ninguna perspectiva.

Son tan escasos los espacios verdes de uso público, en el recinto de la ciudad, que hasta las pequeñas plazas se transforman en lugares de atracción, para gente de todas las edades. Vemos aquí un grupo de jóvenes que está realizando un picnic en un día de labor, seguramente han huido de las aulas.

La serie de espacios verdes hace que no solamente en una plaza de barrio, como vimos la escena de recién, sino en esta plazoleta, que tiene instalado el banco de Tokio, en la calle Corrientes y Reconquista, encontramos que sirve de playa de estacionamiento para motoristas, que se transforman también en un elemento del paisaje. Toda la zona céntrica del área de los bancos es un área de estacionamiento de motoristas. Aquí recostados sobre este pequeño bosquecito están los conductores de estas motocicletas, descansando y tomando sol. Hay otra revalorización del paisaje urbano.

En esta fotografía yo quise mostrar el contraste de la luz que hay en el cielo, son las 4 de la tarde,

con las sombras que ya imperan sobre toda la calle. Estos monstruos que tienen 18 ó 20 pisos son los que se proyectan sobre la calle o se proyectan sobre el espacio vecino, de manera que la luz del sol ya resulta un patrimonio únicamente de los que viven en ciertas orientaciones y en los pisos más altos de los edificios. Todo lo demás queda en sombra. Es decir, como si los habitantes de la ciudad, hasta el 4º, 5º, 6º piso, fueran topos, porque eso de los patios de aire y luz es una fantasía. Pasará algún aire, pero no pasa ninguna luz salvo que estemos en edificios altos a los que otros no proyectan sombra.

Hay toda una arquitectura de la ciudad, que ha dejado de ser considerada como el lugar fino de la elite y ha pasado a ser el lugar de diversión, el lugar de la especulación y no importa cuánto espacio y qué género de espacio tenga el hombre para su vida cotidiana.

Ustedes ven en el barrio de Almagro, las torres que ha construido Soros, al lado del mercado de Abasto. En primer plano vemos la sombra que proyectan los edificios de este entorno. Hay luz para aquellos que viven allá arriba, pero para los que viven atrás del cielo y la vegetación, solamente hay sombras.

En una plaza pública, donde hay una de esas instalaciones destinadas al esparcimiento de los jubilados que juegan al ajedrez y a las damas y suelen estar hasta las 10 o las 12 de la noche. Unos juegan a los dados otros juegan a las cartas, pero es un ámbito de jubilados. El cielo nos dice que es temprano en la tarde, pero el ámbito que ellos tienen es un ámbito en sombra, porque todos los edificios de la banda oeste, norte y este proyectan sombra. Estos árboles hermosísimos y gigantescos se desarrollaron en la época en que esta plaza estaba rodeada de ligustros. Ahora todos los árboles nuevos que se colocan tienen una inclinación que muestra la necesidad de la búsqueda de la luz y del sol, no crecen erectos como los más antiguos.

Aquí era temprano, por eso la gente no resulta el elemento dominante del paisaje, pero sí lo es la introducción de estos otros elementos, que son síntoma de la modernización, los aparatos telefónicos y los basureros muy poco utilizados por la población.

Hay puntos neurálgicos de la ciudad en los que el deterioro paisajístico es enorme, estamos acá en las proximidades de la estación Pacífico del

ferrocarril. Como elemento dominante de este paisaje ya no tenemos a los componentes naturales sino a los componentes humanos, estos letreros. Otra vez el de Mac Donalds en el punto neurálgico, los vehículos, la gente y los puestos de los vendedores ambulantes y podemos ver las pilas de basura que se acumulan en las esquinas.

Una toma del edificio central que fue el banco de Canadá, uno de los primeros que incorporó elementos naturales al entorno del banco. Hoy funciona allí el Banco Río y el Banco Tornquist. Este agregado moderno de un parapeto, dificulta el acceso directo al banco, pero también, incluye un componente vegetal que le da un aire excepcional en medio de esta zona donde los edificios cerrados son figura dominante. Aquí alcanzamos a distinguir algunas motos estacionadas.

Cual es el resultado cuanto a aquellos otros componentes, que decíamos componentes sensibles del paisaje, agregamos el ruido, el estampido de las motos, el ruido de los automóviles y el riesgo de la circulación de estos tipos de vehículos, además de la contaminación atmosférica generada por la combustión.

Un punto más en la ciudad en la que ya aparece algún elemento de lo que fue característico del paisaje urbano en la época del centenario. El momento en que la ciudad introdujo la arquitectura a cargo de arquitectos que venían fundamentalmente de España, de Italia y de Francia. Entonces tenemos estas cúpulas que constituyen el remate de los edificios y que le dan a la Avenida de Mayo una fisonomía semejante a la Gran Vía o a alguna zona de París.

Este edificio, que está sobre la calle Córdoba y San Martín, es el primero que rompe formalmente con la estructura edilicia de la zona. Está adosado al Convento de las Catalinas y ocupa un cuarto de manzana, es decir un solar. Acá tenemos un parapeto que defiende al último solar, la edificación ha sido demolida en estos últimos 5 años y nos permite ver, por un lado, el fondo del Convento de las Catalinas, por el otro lado el edificio de la Universidad de Buenos Aires de cristal que ahora pasa a ser la componente arquitectónicamente dominante del último grito de la arquitectura que se instala en el país. Ustedes seguramente han visto el diseño del edificio, que Pelli ha propuesto para instalar en el área de Madero, donde se está desarrollando el proyecto de transformación más importante de la ciudad. En él el río, que fue

negado por sucesivos avances de áreas de relleno, se reincorpora ahora como elemento paisajístico.

La calle San Martín y las primeras fajas de la tienda Harrods que, probablemente, cuando se reactive, ya pondrán un shopping, destino de estos edificios reciclados. Realizamos hace poco una visita a la escuela Normal N° 5, que está en Barracas, adosada a las vías del ferrocarril. Muchas veces no podíamos dar clase allí porque, cuando estaban elaborando galletitas o chocolate de la empresa Aguila, los olores eran gratos, llegaban hasta el aula. Hoy se está demoliendo todo el edificio, menos la fachada, para transformar esa fábrica en un shopping. Es un proceso muy acelerado, en el corazón de Barracas, en plena área fabril, cambiándole también la fisonomía a la zona.

Cuando uno caminaba por Florida, y los que estudiábamos en la Facultad de Filosofía y Letras inevitablemente íbamos a Florida, era la calle de las librerías, que no estaban para nosotros al alcance del bolsillo y de algunas confiterías elegantes y también, de los señores elegantes, que se paraban sobre el cordón de la vereda para decirles piropos a las chicas. Hoy eso desapareció pero han aparecido otros personajes que le dan otra vida a la calle y son estos músicos ambulantes. Uno puede encontrar sobre Florida grupos musicales de tango, otros con charangos, bombos y violines. Otros hacen escultura viva, las estatuas le ponen un sentido artístico ambiguo a esta calle Florida y están los infaltables letreros y la sustitución de funciones de muchos de estos edificios. Hoy es únicamente un centro financiero de actividad bancaria donde tiendas de estilo ya no tienen lugar. Son sustituidas por los pequeños quioscos, donde uno compra al paso las pastillas, el peine o alguna cosa que se olvidó en casa, y sobre todo por las casas de comida rápida y económica. Entonces también cambian las funciones, los personajes y cambian los olores del ámbito.

Una vista sobre la calle Reconquista de lo que es el Convento de las Catalinas, el último de los conventos que se construye en la ciudad de Buenos Aires ya sobre 1964, y el edificio de la Universidad de Buenos Aires. Allí conjugan tres edificios diferentes que son originariamente el edificio de la Universidad, una casa habitación y otra en esta esquina de Viamonte. La Universidad ha unificado esos tres edificios. Si nosotros tomásemos alguna fotografía de la década del 40, los tres edificios tenían colores diferentes, porque eran de materiales diferentes.

El frente de la Iglesia de la Merced y el Convento de la Merced, que yo hubiera querido que saliera en la fotografía, pero no fue posible. Lo que está detrás de este muro es algo que les aconsejo, cuando vayan a Buenos Aires, hagan una escapada para verlo y disfrutarlo. Aparte de las joyas arquitectónicas y escultóricas que contiene la Iglesia de la Merced, el edificio del convento está reflejando lo que fue esa arquitectura de fin del siglo XVIII y que perdura hasta nuestros días. Lo interesante del convento es que contiene en su patio central un testimonio de lo que eran esos viejos patios, con sus jardines y sus árboles, incluyendo alguna palmera. Lo simpático del momento actual es que el convento se ha abierto al público por una entrada lateral, que está allá casi al final del edificio. Da acceso a un restaurante, que funciona desde las 11 de la mañana a las 5 de la tarde aproximadamente. Es un restaurante que recomiendo lo visiten por dos motivos, porque es muy económico y porque es reconfortante, se puede comer en la galería del convento gozando de ese espectáculo de un jardín como ya no existe en el interior del recinto en la ciudad de Buenos Aires. Una reliquia arquitectónica, pero también una reliquia paisajística, una reliquia de la jardinería. Además, está totalmente abierto al público y eso es interesante para los estudiantes, en el jardín hay unos bancos para reposar y gozar del jardín donde no está prohibido llevar la propia viandita. Hay un lugar de reposo todavía no muy conocido pero sí muy frecuentado por los oficinistas que están en los alrededores. Hay una renovación constante de público, pero no de turistas, es un lugar que goza la gente de la ciudad que trabaja en el entorno que, como veíamos, no tiene lugares públicos donde gozar de un momento de descanso o de expansión.

Así como dijimos que parte del paisaje son estos personajes nuevos, también parte del paisaje urbano, en las grandes avenidas, es el quiosco de revistas multicolor y el quiosco de flores.

Mirando de la estación Pacífico hacia la Plaza Italia aparece este espectáculo que alguna vez, con los alumnos de la carrera de paisajismo de la UBA, estudiamos para ver qué se podía hacer, para que este adefesio, que cumple una función cultural importante, porque son los quioscos de los vendedores de libros, mejorara el aspecto. Realmente es deprimente ver esta mancha oscura de estos puestos, donde los vendedores no tienen ni siquiera las instalaciones sanitarias mínimas,

para que puedan trabajar ahí con tranquilidad, sin necesidad de apelar a los comerciantes que están en la vereda de enfrente. Hay ahí un problema social, un problema estético, un problema funcional de la ciudad, porque además el público que lo visita debe estar muy interesado en buscar esos libros porque es un riesgo cruzar esa calle. Estamos a un paso de la Plaza Italia, de los jardines de Palermo, enfrente del edificio de la Sociedad Rural, y las condiciones paisajísticas de este tramo son deplorables. Si a eso le sumamos el espectáculo de los vendedores ambulantes y de la basura amontonada sobre las veredas, es una de las zonas neurálgicas de la ciudad, con el paisaje más pobre que se pueda pedir.

Los paisajes que ahora se le ofrecen a los habitantes de las casas de departamentos son estos paisajes de techos donde algún vestigio de arbolado de las calles subsiste. Y ello siempre que ese arbolado sea anterior al crecimiento de los edificios, porque si no los árboles no logran crecer, no alcanzan a superar el nivel de los techos de las casas de dos plantas.

Otro testimonio de las calles, el testimonio de la múltiple función que cumplen los pocos espacios verdes, dijimos en convertirse en lugar de picnic para los jóvenes, lugar de descanso a veces para los trabajadores del entorno. Es tanto lugar para almuerzo o merienda o para dormir la siesta sobre los escasos bancos que hay o cancha de fútbol, el campo de juego de los jóvenes que utilizan el césped, porque no tienen otros lugares de recreación al alcance de la mano.

Lo que intentamos mostrar es que la ciudad de Buenos Aires ha dejado de ser una obra de arte creada para el desarrollo integral de la persona, para la satisfacción de sus múltiples necesidades pero, fundamentalmente, también de esta necesidad de contacto con la naturaleza. Ésta ha desaparecido y sin embargo si uno mira a través de la información periodística ve cómo el paisaje de pronto aparece como un elemento de valorización de la vivienda. Digamos así, sólo los countries anuncian: "usted tendrá todas las ventajas de los jardines de Palermo a sus pies". O las torres pregonan "Ud. tendrá todas las ventajas del Río de La Plata y la visión del horizonte infinito". Otros dicen con jardín propio de tantos metros cuadrados y le ofrecen pileta de natación y hasta, en las terrazas, algunas instalaciones para la práctica de algún deporte. Le ofrecen como atractivo el paisaje y la contrapartida de estas

ofertas, para retener a la población dentro de la ciudad, son las ofertas de instalación de los countries: venga a vivir en el medio de la naturaleza, escuche a los pájaros, sienta el viento, vea crecer a sus hijos corriendo y felices. Pero si consideramos cuáles son los precios, cuáles son los valores a que estas ofertas se realizan, vemos que son ofertas para un pequeño sector de la sociedad, porque algunas, como las ofertas en los countries, además implican la necesidad de desplazarse en vehículo propio a distancias no siempre muy razonables de 50 o 60 km., para un viaje pendular de la casa al lugar de trabajo. Entonces, hay también una inserción de este tipo de sociedad, que queda como enclaustrada, digamos así, dentro de una sociedad rural de tipo profesional, con los problemas que surgen de la necesidad de acomodación de una sociedad a la otra. Son problemas que a veces se resuelven por la vía del conflicto y otras veces por el aislamiento absoluto y la reprensión, dentro del ámbito del country, de la oferta de servicios urbanos que ya no se buscan en los pueblos que no ofrecen la jerarquía del tipo de servicios a los que se está acostumbrado. Hay también entonces un trasplante de otros sectores de la sociedad que siguen a ésta. Si pensamos en lo que era aquella concepción primigenia de la ciudad con el lugar de residencia, el lugar de las actividades y el servicio, el lugar de las actividades de abasto, todo en una escala que podía ser alcanzada a pie o a caballo y lo que significa esta nueva modalidad de la ciudad, el problema trasciende al paisajismo. Es un problema que involucra a los paisajistas e involucra, también, a todos los profesionales de las distintas actividades que tienen la obligación de pensar la ciudad como un todo.

La historia de La Plata es diferente. La Plata ha sido concebida como una obra de arte, diríamos casi nació como Palas Atenea, completa y entera, adaptada ya a las condiciones de la modernidad con sus avenidas anchas, su arbolado, sus diagonales y sus edificios de carácter público con un estilo y una jerarquía que muchos platenses, pero no todos, valoran. Un ejemplo de no todos es lo que ha ocurrido en el edificio de la propia Universidad, que arquitectónicamente, aunque no entiendo nada, me parece un adefesio y, además, funcionalmente ha dejado a oscuras a otro sector de la Universidad, ha roto el estilo y ha creado más inconvenientes que soluciones a los problemas que motivaron la construcción del edificio.

La Plata tiene todavía una escala humana que sería interesante tratar de preservar, para no incurrir en los defectos que tienen las grandes metrópolis, de las cuales Buenos Aires es un ejemplo. Ella acumula una serie de factores que gravitan en forma negativa sobre su población, como son la sobresaturación de los servicios que están en el casco histórico, concebidas para una población del siglo XIX que apenas superaba los 500.000 habitantes y que, en estos momentos, debe soportar con esa infraestructura de agua y cloacas edificios que tienen 10, 12, 20 ó 25 pisos de altura. Una demanda de energía para el mantenimiento y el funcionamiento de estos edificios y un consumo de energía doméstica, que deriva de la falta de luz de las casas, por este sistema de construcciones, que no se soluciona

solamente con dejar el corazón de manzana libre. Ocorre que ese mismo corazón de manzana está sombreado por los otros edificios.

Los procesos de crecimiento de la ciudad no deben ser dictatorialmente impuestos, deben ser el resultado de la participación ciudadana, aunque no solamente de la participación ciudadana, porque carece de los conocimientos técnicos. Debe haber una participación ciudadana para la expresión de los problemas y una participación de los técnicos que, junto con y no aparte de la población, solucione estos problemas, porque cada día se van a presentar con mayor dureza en la medida que demoremos esta discusión. Esa discusión debe y puede plantearse entre otros ámbitos, y no menos desde el paisajismo. Muchas Gracias.